

La ideología(s) nacionalista y los límites de la interpretación binaria. El caso argentino. *Nationalist ideology(s) and the limits of binary interpretation. The Argentine case.*

Edgardo Manero

(pág 77 - pág 86)

La conceptualización política y teórica del nacionalismo se estructuró sobre dicotomías. En el caso argentino, si bien la clasificación bipolar es pertinente en términos de acción política, resulta insuficiente para entender la sociedad que se estructura a partir de 1945. Una tercera forma se instituye: la jacobina. Aunque estrechamente relacionada con el populismo contestatario, debe ser abordada en su singularidad. Su estudio resulta esencial para comprender la realidad latinoamericana instituida a principios del siglo XXI.

Palabras clave: América Latina, Argentina, Nacionalismo, populismo, peronismo.

The concept of nationalism is politically and theoretically ambiguous. In the Argentine case, the bipolar classification is pertinent in terms of political action. However, this approach is insufficient for understanding the structure of the Argentine society since 1945. Hence, a third way of nationalism takes place: the Jacobin. This current is intertwined with the protesting populism. Yet, it should be analyzed in its own singularity. The concept of Jacobin is helpful to understanding the Latin America of the beginning of the XXIs.

Keywords: Latin America, Argentine, Nationalism, Populism, Peronisme.

Edgardo Manero es Doctor en Sociología por la EHESS y HDR en filosofía por la Universidad de Paris VIII. Se desempeña como profesor en las Universidades de Rosario, de Paris II, de Paris XII y Toulouse II. Desde 2004 es investigador del CNRS y ejerce la docencia en la EHESS. Especializado en la evolución del pensamiento estratégico, su libro más reciente es *Nacionalismo(s), Política y Guerras en la Argentina plebeya (1945- 1989)*. E-mail: Edgardo.Manero@ehess.fr

Referenciado: 23/3/2016 Universidad de Lille III - 17/01/2017 PUCP

“Hay en mis venas gotas de sangre jacobina”
Retrato A. Machado

1. UN TÉRMINO POLISÉMICO

El nacionalismo es un término polisémico, como lo son las identidades políticas en general. Puede referir a la doctrina o la ideología de un grupo –movimiento, partido, Estado, sociedad– pero también puede expresar un sentimiento –el amor a la patria y, por consiguiente, el odio a quien la “amenaza”– o una actitud resultante de la prioridad otorgada a la independencia nacional y a la soberanía política. El nacionalismo formula un tipo de articulación discursiva que presupone una cierta uniformidad, que en realidad es ficticia. No todos los sujetos que se sienten interpelados por esa identificación forman parte de una cultura política única. Las mismas palabras –autonomía, liberación, soberanía, patria, nación, pueblo, etc.– tienen significados disímiles y en general en tensión.

El nacionalismo es una entidad ideológica que es necesario deconstruir. Describir la ideología nacionalista implica cruzar imaginarios y representaciones compartidas con axiologías, proyectos e intereses contradictorios. ¿Debemos insistir en su unidad o en su diversidad? Los movimientos nacionalistas presentan ciertos elementos en común: gobiernan en nombre de una homogeneidad cultural, hacen referencia a una estructura de tipo organicista, interpretan la historia para su conveniencia, movilizan las masas y designan un enemigo (Delannoi, G., 1995: 41). Sin embargo, para cristalizar identidades políticas deben tomar prestados elementos de las familias ideológicas de carácter más universal (Delannoi, G., 1995: 39). Circulando de un polo al otro del arco político han logrado combinarse con múltiples ideologías. El carácter ambiguo e impreciso del término supone que fuerzas políticas que se niegan a ser consideradas como nacionalistas puedan ser incluidas en la categoría; de la misma manera, pueden quedar fuera de la categoría otras que se consideran como tales.

Aunque haya sido utilizado principalmente para caracterizar movimientos anti-liberales y autoritarios, el término no se opone a lo democrático, ni se lo considera una característica propia de fascismos o dictaduras militares. En el caso latinoamericano no puede ser asimilado exclusivamente a movimientos políticos “reaccionarios”¹ que enfatizan las especificidades de una comunidad política respecto de otras o desarrollan una visión conservadora del orden social. Así, en la Argentina del siglo XX, al igual que en la Europa del siglo XIX, se expresa a través del nacionalismo tanto la tradición surgida con la Revolución Francesa como los proyectos que se le oponen, tanto una concepción de la nación destinada a legitimar una dictadura oligárquica como otra capaz de fundar una república plebeya. No solamente las retóricas patrióticas son distintas. Las formas antagónicas de concebir el nacionalismo –los contenidos ideológicos– no son una abstracción. La diferencia más evidente está, sin duda, en el plano de la naturaleza de los intereses sociales que lo formulan y de los proyectos políticos que representan.

El nacionalismo es una tentativa de mantener o de recrear una identidad colectiva que estableció en América latina una diferencia sustancial con respecto a otras formas. En los populismos contestatarios latinoamericanos, el aspecto identitario acompaña el aspecto

protestatario–contestatario. Esto constituye una diferencia importante en comparación con otras formas de nacionalismo, en particular con las que acompañan la expansión de los países hegemónicos. Los populismos contestatarios latinoamericanos permiten una forma de nacionalismo que no solo se encuentra en las antípodas del nacionalismo que posibilitó la formación del mundo colonial, sino que es su negación. Ahora bien, en sociedades como la Argentina, la complejidad del nacionalismo no reside solamente en el hecho de no ser reductible a una única tendencia política, sino también en la dificultad de ser aprehensible por una interpretación dicotómica.

2. EL MODELO DICOTÓMICO Y LAS MARCAS EN LA ESCENA POLÍTICO–IDEOLÓGICA

Como reconoce la mayoría de los analistas, los nacionalistas tuvieron un profundo impacto en la historia argentina del siglo XX. La influencia de sus ideas se hace sentir más allá de los sectores que se identifican con esa ideología deviniendo un componente importante de la sociedad civil. Fenómenos tales como la dependencia, el irredentismo, el sentimiento de frustración, la sensación de proyectos de nación inacabados o la idea del “excepcionalismo”, están arraigados en la sociedad y son compartidos por una gran parte de la clase política. Expresión de una complejidad constitutiva, el nacionalismo se ha manifestado bajo las diversas formas adoptadas por el Estado–nación: liberal, populista o burocrático–autoritario (Manero, E., 2002 y 2014).

Los años treinta implicaron un quiebre. Como lo sugiere F. Devoto, en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, en la dificultad de inserción social del nacionalismo autoritario se manifestaba la larga pervivencia del imaginario liberal y su carácter claramente hegemónico (Devoto, F., 2002:11). Esta situación de subalternidad del nacionalismo con respecto a la tradición liberal cambiará a lo largo del siglo XX, para impregnar progresivamente la cultura política. Desde mediados del mismo, la cultura política parece reducirse a dos espacios ideológicos: el liberal y el nacionalista.

Desde los años 1990, la cuestión del nacionalismo argentino ha sido reformulada teóricamente. Los trabajos precursores han sido objeto de cuestionamientos. La renovación dio lugar a estudios tanto de sus expresiones políticas y de sus vínculos con las instituciones como de trayectorias biográficas o de su relación con la escritura de la historia y de la memoria. Estos textos ayudaron a la comprensión de la polisemia del término, al aportar un trabajo documental que permite eliminar ambigüedades y generalizaciones. En ciertos aspectos, la renovación de los estudios se limitó a profundizar cuestiones que ya habían sostenido desde el “ensayo” intelectuales ligados al pensamiento nacional y popular, como J. A. Ramos o J. J. Hernández Arregui. Ahora bien, a pesar de la diversidad, dichos trabajos no cuestionaron un elemento básico de los análisis tradicionales: el modelo binario o la tipología bipolar.

Siguiendo una interpretación instalada previamente en lo político, el modelo binario obtuvo consenso en las ciencias sociales para explicar el fenómeno del nacionalismo(s). Así, uno de los primeros intentos de clasificación de las formas adoptadas por el nacionalismo argentino, el de E. Zuleta Álvarez, hace referencia a la tendencia “republicana” y a la

“doctrinaria” (Zuleta Álvarez, E., 1975). La hipótesis de trabajo sostiene que ese sistema ideológico ambiguo llamado nacionalismo implicaba en la *praxis* política dos tradiciones diferentes. Una se orienta hacia formas progresistas, democráticas y populares, mientras que la otra se caracteriza por ser reaccionaria, autoritaria y oligárquica.

El modelo dicotómico se estructura a partir de la adjudicación de una serie de adjetivos calificativos a cada una de las dos categorías. A un nacionalismo elitista, aristocrático, oligárquico, autoritario, reaccionario, restaurador, integrista y de derecha se opondría un nacionalismo popular, populista, revolucionario, antiimperialista, progresista, de izquierda. Dichos adjetivos entraron a formar parte integral de la cuestión del nacionalismo(s), convirtiéndose en conceptos trascendentes de interpretación y acción de un determinado contexto (el del siglo XX) en el cual fueron utilizados y para el cual continúan utilizándose. Estas dos tendencias muy diferentes no se pueden definir sino por su relación recíproca, radicalmente antagónica². Si bien algunos trabajos rompen con esta tendencia interpretativa, dicho enfoque continúa prevaleciendo.

En este marco, hemos desarrollado una tipología en la que diferenciamos tres corrientes vinculadas con el nacionalismo argentino durante ese ordenamiento tardío del mundo moderno que fue la Guerra Fría. La superación del esquema bipolar facilita la adopción de un abordaje que ayude a evitar el error de pensar la cuestión del nacionalismo latinoamericano a partir del modelo europeo o de continuar aprehendiéndolo bajo el prisma simplificador de la política. Por un lado, redefiniendo el uso, hemos conservado parcialmente elementos propios del modelo de análisis binario clásico. Haremos referencia a la corriente “integrista” y a la “populista”.

Por otro lado, insatisfechos de la capacidad explicativa de dicho binomio, no solo para los años 1970, hemos creído necesario distinguir una tercera forma de nacionalismo, al que llamamos “jacobino”, el cual, si bien está estrechamente relacionado con el populismo contestatario, debe ser abordado en su singularidad. Dicha corriente, tal como se instituyó en el marco de la guerra fría, influyó sobre nuevas experiencias históricas, participando de las representaciones y prácticas de los populismos latinoamericanos contemporáneos. Este ejercicio analítico nos permite pensar su importancia en el presente, no solo por su perdurabilidad en el tiempo. Con el “jacobinismo” se trata de elaborar un concepto que permita establecer más acabadamente cuáles son las formas que asumieron los nacionalismos, pretendiendo superar las limitaciones que imponen el paradigma bipolar generalmente utilizado.

Los tres conceptos aquí propuestos, son instrumentales y no ontológicos. Transhistóricos, representan tipos ideales que estilizan la “realidad” sin pretender agotarla, permitiendo especificarla en el curso de la demostración histórica. Tipos ideales cuyos elementos constitutivos pueden presentarse simultáneamente en cada realidad concreta. El significado exacto de cada forma puede y debe ser reconstruido, en última instancia, por medio de “una” historia, por vía del análisis de caso. La inteligibilidad del fenómeno nacionalista en el plano conceptual obliga a analizarlo en su forma histórica singular.

La importancia acordada a la evolución del fenómeno y a su comparación en el espacio y el tiempo conduce a evitar una relativización o subestimación de la dimensión histórica

de lo que el adjetivo significa para cada uno de los polos. Se trata de cuestionar toda idea de continuidad absoluta y superar las argumentaciones que tienden a concebir las ideologías como esclerosadas en el tiempo y carentes de dinámica histórica; en otras palabras, situar la cuestión del nacionalismo en una temporalidad precisa permite diferenciar sus manifestaciones contradictorias. El nacionalismo ha asumido sentidos y formas muy distintas como para poder ser pensado como una continuidad absoluta. Así, el nacionalismo “cultural” del Centenario constituye un fenómeno diferente del nacionalismo “político” posterior, a pesar de que en la reacción nacionalista aparezcan muchos de los temas que posteriormente serán parte del discurso de los nacionalismos o de los vínculos sociales entre sus miembros (Devoto, F., 2002). Ahora bien, la perennidad de ciertas representaciones y prácticas estimula una vuelta al tema de la ruptura y de la continuidad.

La institución de corrientes trata de subrayar la tensión entre las configuraciones cambiantes y los aspectos perennes, destaca que si bien existe semejanza o denominadores comunes entre las diferentes manifestaciones de un mismo espacio, el nacionalismo se redefiniría en cada momento de la historia de acuerdo con otras modalidades políticas coexistentes. Por un lado, intentamos subrayar la idea de movimiento, de desplazamiento, que incluye dicho término; por otro, intentamos evitar adjudicar características definitivas al concepto, cerrar su definición, caer en definiciones reduccionistas y taxativas que oculten que la categoría solo adquiere una significación precisa en el marco de un contexto espacio-temporal específico. Debe tenerse en cuenta que la mayoría de las organizaciones no son homogéneas; aún menos las visiones de sus militantes y dirigentes. La idea de corriente establece límites sin esclerosar, ayuda a evitar todo tipo de definición que limite o circunscriba el concepto a “una” determinada forma o que establezca definitivamente, de forma ahistórica, las particularidades del mismo. Al mismo tiempo permite, en última instancia, sustraer constantes de la historia.

Al poner de relieve las fronteras borrosas entre las diversas formas del nacionalismo, el estudio de las corrientes ayuda a comprender las circulaciones, tanto de individuos como de ideas. Esto constituye un elemento decisivo para el abordaje del peronismo(s), ese continente vasto y heterogéneo donde competían y compiten representaciones políticas divergentes que pueden desarrollar denominadores comunes. Como toda organización política policlasista, el movimiento fundado por J. Perón está surcado de ambivalencias, contradicciones y conflictos, lo que permite la presencia en su seno, aunque de forma asimétrica, de las tres corrientes del nacionalismo. Así, la integrista no solo es minoritaria, sino fundamentalmente residual, y se convirtió en un componente importante del antiperonismo. Si asumimos que la historia argentina ha estado marcada por las disputas entre distintas identidades políticas para definir el sentido y la pertenencia a la nación, desde mediados del siglo XX, la identidad peronista es prioritaria, ordenando todo debate sobre la cuestión nacional. El peronismo reivindicó el monopolio de la nación. Sin embargo, a diferencia del nacionalismo integrista o del fascismo, no se presentó como la única formación política explícitamente nacionalista ni como su representante único. Siempre sostuvo una política frentista.

La tipología no es el objeto de la comprensión sino su medio, un instrumento que ayuda a organizar un tema que provoca conexiones múltiples que trascienden la época y

la sociedad estudiada. Cada corriente unifica en sí un conjunto de características que establece diferencias distintivas con las otras. La tipología no se agota en las tres corrientes ni tiene la pretensión de ser una propuesta acabada. Así, la necesidad de evitar generalizaciones obliga a hacer referencia a un nacionalismo “militar”, generalmente subsumido en el nacionalismo integrista. Por otra parte, el abordaje de otras temporalidades, como la Posguerra Fría, conduce a elaborar otros modelos. Así, el contexto político posterior a 1989 se caracteriza por la emergencia de la voluntad de desarrollar una forma de nacionalismo que podríamos conceptualizar como “republicano”. Preanunciada por la renovación peronista, esta forma de nacionalismo que se materializó en la experiencia del Frente Grande–Frepasso, fue abortada, en gran parte como resultado de los compromisos de unos de sus máximos impulsores, C. Álvarez.

3. LA CORRIENTE JACOBINA

Hablaremos de corriente “jacobina” o nacionalismo “jacobino” para evocar ese espacio que se expresa -en términos políticos- en grupos intransigentes partidarios de un Estado centralizado e intervencionista, para los cuales la movilización que apunta a liberar un territorio de una ocupación extranjera mediante la institución de procesos nacionales–revolucionarios, no puede ser disociada de la existencia de un enemigo interno. El jacobinismo designa una actitud, un comportamiento, una visión del mundo, lo que le permite constituirse como una categoría transhistórica. El concepto escapa tanto al marco geográfico como al contexto histórico de una significación más general (Vovelle, M., 2001 :5). Hacemos referencia al jacobinismo porque las representaciones y prácticas de esta corriente son portadoras de un mensaje cultural igualitario, heredero del voluntarismo de la Revolución Francesa: de un mensaje de laicidad, del primado de la política sobre la economía, de la patria contra “el imperio”, de la participación militante ciudadana, del compromiso ideológico, de la importancia del enemigo interno encarnado por las oligarquías. En el gesto de expresar la modernidad de la nación, está presente un esfuerzo voluntarista para imponerse a esas élites arcaicas. Para la corriente jacobina, el concepto de lo político resulta del rol central de una alteridad amenazante, en un marco en el cual la política se constituye como juego de suma cero. La defensa de la revolución contra la “aristocracia” interior y la amenaza extranjera supone una alianza de los sectores populares y el uso de recursos que no son los de la “democracia burguesa”; tampoco necesariamente los de las armas, aunque constituyan para este espacio recursos excepcionales, resultado de lo extraordinario de las circunstancias y del rol de la violencia en la Historia.

Evocando las virtudes de un Estado fuerte, portador del progreso social y de la imprescriptibilidad de la nación, el jacobinismo hace referencias a la indivisibilidad de la república y la defensa de la soberanía nacional y popular que emana del pueblo. Remite a una concepción centralizadora del poder que busca ejercerlo a través de una vanguardia que extiende su voluntarismo a todos los escalones geográficos y a todos los dominios de la vida social, con el fin de hacerlos uniformes en nombre de la liberación nacional. Desde esta concepción, todas las diferencias deben desaparecer en beneficio de una ciudadanía asociada a las clases populares. El deseo de unificar en un todo viene acompañado por un razonamiento belicoso.

El jacobinismo es tanto una actitud, una visión del mundo, como una técnica de la toma del poder. Es también una “ética” construida sobre un código moral estricto que supone exclusiones (incluso la demonización del adversario), restringiendo el mundo a un solo principio ordenador y legitimador, que identifica y asocia la esencia de lo político al conflicto social. Los años setenta suministran numerosos ejemplos de esa voluntad y de ese “fanatismo” al que hacía referencia A. Gramsci, cuando hablaba sobre el jacobinismo. El concepto evoca un carácter subversivo, inseparable del miedo a los “Rojos”, que sus detractores asimilan al terrorismo y a la dictadura del comité de *Salut publique*. La propagación del jacobinismo fue una fuente de temor para los sectores dominantes de las sociedades latinoamericanas de los años setenta, como lo había sido para las potencias conservadoras de Europa a fines del siglo XVIII. Como en 1793 en relación con 1789, la corriente jacobina aparece en la Argentina de 1973, con la intención de acabar – en el sentido de completar – la tarea histórica de esa forma plebeya de la revolución democrático–burguesa que había sido el peronismo. Esa corriente alcanza su apogeo el 25 de mayo de 1973 cuando el presidente electo H. Cámpora, acompañado de S. Allende y O. Dorticós, saluda a una plaza colmada de organizaciones insurreccionales.

Aunque el jacobinismo puede formar parte de los populismos contestatarios, incluso es susceptible de ser concebido como el estadio superior del mismo ciertas características estructurales le otorgan autonomía; no se reduce a su expresión más radical. En Argentina la corriente jacobina aparece estrechamente ligada al peronismo; no obstante, no es posible reducir su existencia al marco de dicho movimiento. Si ese oxímoron que es el peronismo puede ser considerado como portador de una forma de jacobinismo en potencia, su fundador no lo era, aunque así lo consideraran ciertos sectores conservadores, incluidos los nacionalistas integristas. Hombre “de orden”- que no es lo mismo que hombre “del orden”-, Perón repudiaba la acción agitadora, componente prioritario del jacobinismo. Como otros populismos contestatarios –el MNR en Bolivia–, actuando en nombre de la nación y con la voluntad de evitar el conflicto, el peronismo termina por provocar el momento más agudo de lucha de clases en la historia argentina. Una lucha de clases que, paradójicamente, sería luego negada por el nacionalismo populista y que se encontraría en la base de las representaciones políticas y estratégicas de la corriente jacobina. Como en otras sociedades, la tradición jacobina es inseparable de la subversión de un orden; sin embargo, no puede restringirse a la izquierda o al marxismo. Así, F. Furet señala, en relación con la sociedad francesa, que el jacobinismo puede gustarles tanto a los gaullistas como a los comunistas y trazar una línea de demarcación dentro del partido socialista (Furet, F. y Ozouf, M., 1998: 243).

Los jacobinos llevaron al paroxismo las tensiones y contradicciones ideológicas propias del peronismo histórico, en un intento por resolverlas mediante una voluntad política y moral, conduciendo a los extremos el estatismo, el centralismo y el igualitarismo, que inspiraron al populismo contestatario. El jacobinismo puso el énfasis en la valorización del carácter contestatario del *statu quo* de la “ideología” peronista, estableciendo así un sincretismo entre dos culturas políticas que queda expresado en el eslogan: “Evita, Guevara, la Patria liberada”. De manera que, para los sectores jacobinos, el peronismo encarna la “izquierda” en Argentina.

La corriente jacobina va más allá de Montoneros y del Peronismo Revolucionario, superando las fronteras de la Izquierda Nacional para abarcar parte de lo que se conoce como la Nueva Izquierda argentina. Aunque encuentra predecesores en la IN, constituye un fenómeno político diferente. Indudablemente, las organizaciones político-militares revolucionarias son la expresión más acabada. Ahora bien, aunque para esta corriente es la organización armada la que garantiza la realización de los objetivos revolucionarios durante los años sesenta y setenta, las formas de lucha de los jacobinos y el jacobinismo mismo no se reducen a la violencia insurreccional. Lo que caracteriza a los sectores jacobinos como fenómeno político, diferenciándolos, en parte, del resto de la “nueva izquierda”, no es la valorización de la lucha armada, sino un dinamismo ideológico y cultural original. Este dinamismo asocia la cuestión nacional a la cuestión social, cuyo conflicto se expresa en el reconocimiento de una forma *sui generis* de lucha de clases en un marco de reivindicación patriótica antiimperialista, claramente inserto en la dicotomía peronismo-antiperonismo.

Esta corriente centró su acción y su discurso en el carácter nacional del socialismo, en la dimensión latinoamericana de la cuestión nacional y en el antiimperialismo, disociando la nación de la burguesía y estableciendo, en su lugar, un vínculo entre la nación y el socialismo. Por ende, concede una importancia capital a las especificidades de cada país y a la dicotomía nación-imperio como contradicción principal. La valorización y la reivindicación de los procesos de liberación de los países oprimidos, es decir, el apoyo a toda lucha nacional- ya sea socialista en el sentido marxista o no- y a los procesos nacionales democráticos antiimperialistas, se convierten en elementos importantes en la estrategia antiimperialista y anticolonialista. Las referencias políticas principales de este espacio eran fundamentalmente latinoamericanas y tercermundistas, rechazando categóricamente a la socialdemocracia y al comunismo prosoviético.

El jacobinismo no es una doctrina política sino un comportamiento en el cual la pretensión de conjugar reivindicaciones nacionales específicas con un cuestionamiento radical del orden social es decisiva, lo que lógicamente confluye en la fusión de marxismo y nacionalismo. El jacobinismo estructuró un espacio sincrético donde confluyeron el pensamiento o la tradición socialista y el componente más exitoso del nacionalismo: el revisionismo histórico. El hombre nuevo de inspiración guevarista se reencontraba con los caudillos federales. En la corriente jacobina, el problema de la nación no realizada de los próceres del siglo XIX se sobrepone a la revolución inconclusa que significaron los populismos. La recuperación de la historia y de la iconografía revisionista es una de las características de este espacio, como lo manifiesta la elección del nombre de Montoneros.

La revolución es el tema central de la corriente jacobina. En ruptura con la representación arcaica propia del nacionalismo integrista que asocia el deseo de destrucción de un orden con el de restauración de los orígenes, la corriente jacobina se inscribe en la tradición populista que subraya el carácter sin precedentes de su acción política, manifestación de un régimen nuevo de historicidad. Asimilados a momentos fundadores, movimientos como el peronismo, el castrismo, el sandinismo o los procesos abiertos en siglo XXI por los neo-populismos contestatarios, generan la percepción de otro tiempo, consecuencia de una ruptura irreversible producida por la instalación en la escena política de un nuevo actor político portador de un proyecto de nación; la sociedad funcionaria,

inscripta en otra temporalidad, producida por el hecho épico y palingenésico de la revolución. Sin que la reivindicación del pasado sea abandonada, “la edad de oro” es situada en el futuro. Heredero de una concepción nacida de la Revolución Francesa, el jacobinismo desarrolló elementos propios de una concepción arendtiana de la revolución³, para la cual, esta implica la noción de transformación absoluta y de recomienzo del curso de la historia.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Los nacionalismos constituyen realidades históricas que poseen una pluralidad de significados. Si bien sus manifestaciones coinciden en la pretensión de ser las portadoras de un proyecto de redefinición de una nación a la que perciben amenazada, el nacionalismo muestra una tensión entre formas antagónicas de concebirlo. Los usos del término a través de la historia - y de la historiografía - son diversos, de modo que parece legítimo hablar de nacionalismos en plural más que de un nacionalismo único. Partidos políticos, movimientos sociales, dictaduras militares o guerrillas revolucionarias declaran adherir al patriotismo como razón última y aparecen bajo la clasificación genérica de “nacionalistas”. Paradójicamente, no solo desarrollan prácticas políticas radicalmente diferentes, sino que dan lugar a experiencias políticas antagónicas. Como fenómeno político, el nacionalismo populista es muy diferente del nacionalismo integrista. Lejos del aspecto elitista de los integristas, el peronismo arraigó la idea de nación en el “pueblo” más que en el territorio o en la raza. Con esta inversión axiológica, el peronismo aparece como un fenómeno nuevo, expresión de un espacio ideológico que, en términos políticos, encuentra en la década de los treinta su sistematización.

Ahora bien, el modelo binario se revelara limitado para entender la complejidad del mundo que emerge con la guerra fría. En el marco de la lucha antiimperialista, las formas de nacionalismo que se gestan tienden a sustraerle al nacionalismo integrista la dimensión defensiva de la cuestión nacional redefiniéndola. Tanto la corriente populista como la jacobina la vinculan con una concepción optimista del futuro, arraigada en una visión teleológica de la historia, en la que sus adherentes ponen en evidencia las tendencias emancipadoras del mundo contemporáneo y exigen la instauración de una sociedad justa. La corriente jacobina conduce a su paroxismo una cierta idea de la nación, nacida bajo la Revolución Francesa. En Argentina, el imaginario de los años sesenta y setenta, con sus fusiles, sus tacuaras y sus ponchos, se ubica en la línea del gorro frigio y de las cabezas ensangrentadas transportadas en las puntas de las picas. Las canciones y los cantos partidarios de una gran parte del nacionalismo argentino de la Guerra Fría tienen el eco de la Marsellesa. Como en la Revolución de 1789, la crudeza de la lucha y los niveles de violencia obedecen a razones políticas, provenientes tanto del antagonismo de los intereses en juego, como del nivel de compromiso y la decisión “revolucionaria” de conducir la guerra, en tanto que continuación de la política, hacia extremos antes impensables. En este marco, lo extraordinario de los crímenes del tirano, legitima el “tiranicidio”. A diferencia del peronismo originario que no tuvo – ni quiso – una “ejecución del monarca”, (acto primordial, facultad de interrupción y de reinicio de la historia), Montoneros recuperó el pensamiento y la práctica propia de la Revolución francesa que subrayaba el carácter instituyente del exterminio del tirano, justificado en la afirmación de que su supervivencia es incompatible con la formación de una comunidad de ciudadanos libres.

La mirada retrospectiva sobre la cuestión nacionalista muestra que en América Latina se invierte el proceso que se ha dado en Europa. Si durante el siglo XIX, el nacionalismo se convierte en una movilización contra la herencia de las Luces y de la Revolución⁴, y pasa así de la izquierda a la derecha, en América latina, el nacionalismo, que nace en la derecha, se corre progresivamente hacia la izquierda de la escena política. A principios del siglo XXI en América Latina, la emergencia de movimientos políticos y sociales portadores de un nuevo discurso sobre la nación reintroduce una idea de patria que se inscribe en dicha tradición.

NOTAS

¹ Un ejemplo de esta posición se encuentra en Rock. 1993.

² Según Buchrucker, los centros de gravedad de ambas variantes nacionalistas argentinas eran muy diferentes y sus interpretaciones de la realidad nacional y mundial no coincidían. Buchrucker. 1999: 272-274.

³ Véase Arendt, H., 1967.

⁴ Como sostiene Pierre Birnbaum (1991) se trataba de una reacción que a menudo se basaba en un catolicismo integrista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENDRT, H. (1967) *Sobre la revolución*. Madrid: Revista de Occidente.
- BIRNBAUM, P. (1991) «Nationalisme à la Française ». En *Pouvoirs*, N° 57, 57-69
- BUCHRUCKER, C. (1999) *Nacionalismo y Peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial: 1927-1955*. Buenos Aires: Sudamericana.
- DELANNOI, G. (1995) « Le Nationalisme et la catalyse idéologique ». En *Nations et nationalismes*. Paris: La Découverte, 41.
- DEVOTO, F. (2002) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FURET, F. y OZOUF, M. (1988) *Dictionnaire critique de la Révolution française*. Paris: Flammarion.
- MANERO, E. (2002) *L'Autre, le Même et le bestiaire. Les représentations stratégiques du nationalisme argentin. Ruptures et continuités dans le désordre global*. París: L'Harmattan, Paris-
- (2014) *Nacionalismo(s), Política y Guerras en la Argentina plebeya (1945-1989)*. Buenos Aires: UNSAM Editora, Buenos Aires, Colección Ciencias Sociales.
- ROCK, D. (1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel, 1993.
- VOVELLE, M. (2001) *Les Jacobins*. Paris: La Découverte/Poche.
- ZULETA ÁLVAREZ, E. (1975) *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla.

